

EL BASTÓN DE URREA, LOS DISCURSOS DEL PODER EN *HALMA*

Francisco Estevez Regidor

Un trastorno mental es el peor de los males, y no es
cristiano tomar estas cosas a broma.

Fortunata y Jacinta

Así como algunas páginas, bajo el aplauso crítico, la aprobación del gusto lector de época y circunstancias ajenas a lo literario, se acunan en la gloria, otras parecen estar condenadas al olvido. *Halma*, la novela que nos ocupa, pertenece a este segundo grupo. La crítica ha señalado, no siempre convenientemente, las lacras del texto, pero no es menos verdad que la posición que ocupa en el corpus galdosiano quizá haya facilitado un despacho sino ligero si rápido, desterrando así a terrenos sombríos este imperfecto texto.

Halma, junto con sus inmediatas hermanas, menor y mayor, dos brillantes novelas de la producción galdosiana: *Nazarín* (revalorizada con justicia en los últimos tiempos) y *Misericordia*, condensan ciertas preocupaciones religiosas del novelista.

En carta dirigida al periódico *La prensa*, Galdós disecciona los males del sentimiento religioso:

actúa como eficaz agente en las relaciones privadas, determinando la vida más bien en lo externo que en lo moral; es ley antes que sentimiento, formula antes que idea, y constituye un código canónico antes que una nómina espiritual.¹

Más tarde, tras la famosa polémica que sucedió al estreno de *Electra*, don Benito escribirá:

Nos ha unido y nos unirá más cada día el amor a la libertad de pensamiento, nos une también el temor a la oscuridad de que estamos *amenazados* y que acabaría por sumirnos en triste ceguera si no pudiéramos cerrar el paso a las tinieblas pavorosas en que quieren envolvernos. [...]Este es el sistema único y eficaz de labrar la opinión, y con la opinión bien labrada y robustecida, ya verán todos cómo aumenta la hueste de acá, cómo se descompone la contraria para traernos cada día mayor refuerzo, cómo al fin lo que hoy *parece indestructible se destruirá por sí mismo y, perdido su poder, quedarán las conciencias sosegadas, las familias en paz, mandando en ellas quien debe mandar*, y toda la nación remediada de su turbación y desequilibrio; liberal y religiosa, trabajadora y espiritual, con fuerza bastante para poner mano en problemas de mayor gravedad que vendrán después.²

Si examinamos con detenimiento esta carta de 1900, el autor parece que estuviera, cinco años después, desgranando algunas de las principales claves de *Halma*, y, por extensión nos atreveríamos a decir, de *Nazarín*.

El malestar que origina a Galdós ese poder intruso que opera en el interior de la familia ha sido bien estudiado por Pilar Fauss en su análisis de la sociedad española en la obra del canario. Allí señala como el clero es un estamento privilegiado que ejerce un poder de dominio sobre la sociedad, olvidándose de su misión evangélica.³ En esta línea de pensamiento Eoff matiza que el poder social de lo religioso es una fuerza colectiva cuya influencia es absorbida inconscientemente por el individuo.⁴ Esto apoyaría nuevamente⁵ la tesis de Foucault, el famoso filósofo francés, por la cual el sujeto internaliza la norma moral social.

Por otro lado, para Clarín buena parte de *Halma* debía haber sido más breve, no así las páginas que dedica “en pintar a D. Manuel Flórez [el sacerdote] [...] pues es figura de mucho intención, de un realismo artístico admirable” y, además, ofrece un contrapunto interesante a la figura de Nazarín”.⁶

Si un magnífico escritor y sagaz crítico como don Leopoldo Alas se fijó en dicho personaje, y a tenor de las preocupaciones de nuestro novelista canario en aquella época, vale la pena que dediquemos algo de tiempo en su análisis. Nuestro empeño en estas breves líneas será acercarnos a la construcción del personaje de don Manuel con el fin de obtener en lo posible un sentido más clarificador del texto en el conjunto de la producción finisecular del prolífico autor. Tratemos pues de desempolvar el legajo y darle una luz más apropiada.

El episodio situado no por casualidad (ya sabemos que muy poco en Galdós pertenece al territorio del azar) en el centro de la novela: el capítulo IV de la parte III⁷ ocupa un lugar nuclear en la evolución de los personajes y en las relaciones que los unen. Don Manuel Flórez del Campo, el clérigo amigo de la familia de Feramor, mantiene conversación con la condesa Catalina de Artal (Halma) sobre el destino de Nazarín. En esta singular escena se nos muestra el inicio del declive en términos de lenguaje, poder y salud del sacerdote parlanchín en beneficio del afianzamiento de la autoridad de doña Catalina, la condesa, simbolizado a través del traspaso constante entre ambos personajes del bastón de Urrea, a la postre símbolo del desenlace de la novela y llave de resolución del conflicto creado.

Se abre el capítulo con la entrada de José Antonio de Urrea, primo de la anterior, en el cuarto donde se mantiene tan especial cónclave. Allí comunica el veredicto del Tribunal, quien considera loco a Nazarín con la consiguiente absolución de los delitos imputados: “*melancolía religiosa*, forma de *neurosis epiléptica*”. El “célebre apóstol de nuestros tiempos” ha sido presentado, no casualmente, capítulos antes por el mismo José Antonio, alimentando el desconcierto y alboroto de los personajes y acrecentando el desasosiego producido en nosotros, lectores de la inmediata anterior novela. Sin embargo, es ahora cuando se reanudan las acciones del, aparentemente pasivo en este texto, clérigo ambulante,⁸ con las consiguientes repercusiones en el resto de personajes. Así, y tras la noticia de la liberación de Nazario, observamos durante toda la escena en don Manuel, locuaz de costumbre y ducho en oratoria, una progresiva pérdida de poder en la eficacia de su discurso desde su “encerrona” con la condesa de Halma.

Pero retrocedamos un poco para saber de qué arcilla está modelado nuestro personaje. La primera noticia suya que recibimos es su capacidad para ser el mediador dentro de las familias a través de sus dotes persuasivas:

no, querida y respetada hermana... Debo poner punto por hoy en estas discusiones. Sé que *no he de convencerte*. Yo digo: “Terquedad, tu nombre es Catalina de Halma...” Espero que *otro será* más afortunado que yo.
—¿Quién?— *Don Manuel*... Nuestro buen amigo triunfará de tus manías.⁹

Silenciosamente y tras un eco de voces que lo anuncia a modo de plegaria aparecerá el sacerdote quien con “blanda vocecilla” afirma sus intenciones: “—Don Manuel, sí, aquí está don Manuel, dispuesto a convencer a la misma sinrazón...”¹⁰

La descripción que el narrador realiza unos párrafos más adelante del clérigo resulta sintomática. Si la virtud principal que se destaca en don Manuel es su don de gentes, en definitiva, su capacidad de moverse con facilidad en distintos ámbitos ya sea entre “aristócratas” o entre “pobres”, esto se debe, en última instancia, a su “palabra, ya graciosa, ya elocuente, familiar o grave”¹¹ que adapta según las circunstancias. Así, su “lenguaje” será siempre “el más propio para hacerse entender” en otras palabras, el más propio para imponer su voluntad, por ello es un lenguaje “afectuoso, *persuasivo* y en algunos casos *retórico* de buen gusto”.¹² La descripción prosigue la línea de pensamiento erasmiana por la cual debe existir una consonancia entre los rasgos del rostro y el comportamiento del sacerdote, es decir, su *rostro habla*,¹³ su “figura, los ojos, el gesto, el alma flexible y escurridiza que se metía en el alma del amigo, del penitente, del hermano en Dios y aún del enemigo empecatado”.¹⁴

Este evidente ejercicio de poder que realiza fundamentalmente a través del discurso, es el que descubríamos en personajes de novelas anteriores, en especial en don Nazario y confirmamos ahora en el dicharachero don Manuel.¹⁵ No resulta gratuito constatar que esta detentación de la palabra no es algo puntual o episódico en el “simpático don Manuel” sino que resulta una práctica que utiliza en “multitud de casos”. Ya desde joven, el clérigo comprueba que su don no tiene resultados en el púlpito porque “su apostolado tenía por órgano la conversación, y el *trato social* era el campo inmenso donde debía *ganar* sus grandes *batallas*”.¹⁶ De esta manera, nuestro hábil sacerdote será el encargado de mediar las relaciones entre Catalina de Artal y los intereses de su familia, representados principalmente por la figura de su hermano, el marqués de Feramor.

Los mecanismos que emplea el discurso de don Manuel son múltiples. Su lenguaje, haciendo honor a la mencionada adaptabilidad ya señalada, será capaz de copiar el registro parlamentario del marqués llegado el caso:

“¡Ea! Voy a echármelas de parlamentario. Discusión: planteo el debate.”
“—Si estoy yo *en el uso* de la palabra, como decís allá. Después hablará su señoría,”
“Conque se acabó el discurso.”¹⁷

Alude de forma constante al código de honor español y al título de noble de don Francisco:

si retienes esas cantidades al entregarle su legítima, rebajas tu *dignidad* y te pones al nivel de la gente mal nacida. Prueba que eres *noble*, no sólo de nombre sino de hechos, y persónale a tu pobre hermana las limosnas que le hiciste, que si el no dar limosna es cosa fea, el reclamar la que se dio es cosa feísima, *plebeya*, *vil*. [...] Esto hace un *prócer*, esto hace un *caballero*, esto hace el *primogénito de una casa ilustre* que hoy se encuentra en posesión de grandes riquezas [...] ¡Si tú, al fin, sientes ya no haber tenido aquella espontaneidad, porque tu corazón se ha vuelto del lado de la

esplendidez galana y *noble*! [...] Vaya, confiésame que te has penetrado de tu papel de *caballero*.¹⁸

Recurre al halago zalamero al exaltar sus virtudes:

Hijo mío tengo de ti mejor idea de lo que parece [...] amigo mío y discípulo amado [...] ¡Si tú eres bueno, si tú mismo no sabes lo bueno que eres! [...] Vales mucho y no lo niego

Incluso, a la ya tan *excelsa persona*, don Manuel le encomienda altas empresas:

Serás capaz de arreglar la Hacienda española..., trabajo te mando [...]. Tienes grandes cualidades, algunas muy raras aquí, y que nos hacen mucha falta

Señala Foucault el poder de la autoridad religiosa cuando ésta practica la dirección de la conciencia.¹⁹ Aquí, el peculiar clérigo, como superior espiritual, apela a la condición de cristiano del marqués y denuncia el egoísmo y corrupción moral de su subordinado, obligándole a supeditarse a su poder:

Déjame, déjame que deshaga toda esta podredumbre [...] te empeñas en disimular tu buen corazón con esas apariencias de egoísmo que te impone la sociedad [...] esa resta infame que tenías preparada no es propia de un caballero cristiano [...] Don Manuel te quiere mucho y cuando te ve desfigurado por el egoísmo que todo lo contamina.²⁰

El “simpático sacerdote” no duda en calumniar con sarcasmo feroz a la clase burguesa (que asciende puestos en la escala social gracias a su “misericordia dorada”)²¹ con la cual don Francisco pretende desposar a su hermana. Su irónica verborrea alcanza en este punto cotas elevadas y así se lo hace saber el marqués: “No se puede con usted, mi buen don Manolo, cuando toma las cosas en solfa”.

No tiene reparos en propinar golpes bajos y es capaz de atacar a la fibra sensible del marqués Feramor, apelando al recuerdo de la autoridad del padre: “No era yo, era él quien lo rompía. Hago revivir ante ti la imagen, más que la memoria de tu padre, para que le imites en este caso”, cualquier estrategia es buena para *imponer* su voluntad; pero en la disputa dialéctica, la incontinencia verbal resulta, quizás, el arma más efectiva en el ingenioso clérigo, quien termina por agotar al marqués, de forma que imposibilita cualquier tipo de réplica por parte de este:

- No me deja usted hablar... Pero ¡Don Manuel de mi alma!...
- Si estoy yo *en el uso* de la palabra, como decís allá. Después hablará su señoría, que aún tengo mucho que decir. Sigo.
- ¡Paco, por Dios no desbarres!... Si te interrumpo, no te dejo hablar, no consiento que barbarices de ese modo.²²

Como bien sabremos, ese después nunca llegará, ya será demasiado tarde porque el sacerdote, al seleccionar y ordenar la realidad de tal manera, ha creado una ficción tan poderosa que el marqués es incapaz de desarticularla.²³ Por ello el clérigo le indica el camino a seguir:

lo que harás seguramente si reflexionas en ello [...] Ya, ya estás comprendiendo que debes entregarle a tu hermana su legítima integra [...] ¡Si has de concluir por aprobarlo y ayudarme a romper [de los trozos del legajo] los que quedan! [...] perdónale a tu pobre hermana las limosnas que le hiciste.²⁴

En manos del gran parlamentario que es don Manuel y con sus propias palabras, el marqués, experto orador, no resulta más que: “un muñeco o cualquier figurilla de materia blanda, y te retuerzo, y te doy una gran vuelta, hasta enderezar en ti lo que me parece torcido, y hacerte a mi gusto...”²⁵ “Don Manuel [...] te rehace a su gusto.”

En última instancia y como necesidad inherente a todo mantenimiento de poder, el clérigo oculta y dosifica la información a don Francisco de Paula.²⁶ Manifiesto queda en el doble retruécano que implica la siguiente afirmación: “Ahora, yo, que soy un gran embustero cuando el caso llega, [...] le soltaré una mentira muy gorda, pero muy gorda”. La inversión de términos es total ya que quien resulta engañado realmente es el propio don Francisco quien pretendía descontar a su hermana de la herencia paterna los gastos originados por sus viajes.

Resulta en suma un “crimen de lesa majestad... económica”.²⁷ A través del discurso, el poder eclesiástico manifiesto en don Manuel irrumpe en la familia y determina la conducta a seguir por el regente de aquella “monarquía familiar”. El marqués no tiene otra salida que realizar el “papel que le había impuesto el eclesiástico amigo de la casa” utilizando para ello la misma hipocresía y cinismo que don Manuel. Deberá decir a su hermana que dispone de su herencia integra, sin disminución alguna, pues, según los argumentos argüidos por el sacerdote esa es la conducta cristiana, de un caballero español. Pero Francisco no dispone ni el control de la hipocresía, ni la elocuencia verbal de la que hace gala el clérigo, y su habla entrecortada y plagada de silencios, evidencian su fracaso verbal;²⁸ con un deje de fina ironía, el legitimado sacerdote le ofrece para su falsa tosecilla con la que encubre su impotencia “una pastilla de las que yo gasto”.²⁹

Efectivamente, como nos confirmará más adelante José Antonio de Urrea, “el que gobierna en su voluntad [se refiere a Halma] es ese *congrio* de don Manuel”.³⁰ Pero dicho poder va menguando a medida que aparece gradualmente la figura de Nazarín que todo lo eclipsa.

Como precedente de este desgaste el narrador nos da muestra en forma no verbal pero no por ello menos reveladora: don Manuel es incapaz de romper “todo el legajo” de la legítima “de una vez por ser demasiado grueso”.³¹ Es decir, solamente con un grandísimo esfuerzo el clérigo conseguirá romper el documento que simboliza el orden económico y con el cual amenazaba el “parlamentario” marqués.

Si volvemos a nuestro capítulo IV de la III parte, observamos que el juego con el bastón de Urrea y la falta de elocuencia en el hábil sacerdote, muestran la relevancia de poderes que se está produciendo en escena. Observemos las referencias:

—Pero nada de esto pasará— afirmó la condesa, levantándose nerviosa, y cogiendo el bastón de Urrea para reforzar el gesto decidido con que acentuaba la palabra [...] [don Manuel] Ya no necesitó más el agudo presbítero para recobrar toda su compostura mental y sentirse dueño de sí mismo, y a punto de serlo de la situación. Limpió el gatzate para aclarar la voz, tomó de manos de Halma el bastón de Urrea, y fue marcando con él sobre la alfombra estas o parecidas expresiones.

El narrador nos deja bien claro que el bastón de José Antonio es tomado para imprimir más fuerza a las palabras, para remarcar el discurso en esta confrontación verbal. Que la última persona que lo tome sea el sacerdote no implica que ostente el poder, muy al contrario: la condesa ha tejido de forma ingeniosa y previsoramente una red en el discurso que permite creer a don Manuel que aún posee cierto control sobre la dirección espiritual de esta mujer.

Si analizamos la evolución de la retórica del clérigo comprobamos la pérdida de influencia y la caída de su poder: “repitió el sacerdote, para quien era ya un descanso no pensar por cuenta propia,” “—Sí, señora,... —dijo Flórez, hablando como una máquina”

El trato con Nazarín acelera el proceso de forma irreversible y lleva a la muerte a don Manuel, quién postrado en su lecho sufre su “última llamarada de elocuencia”³² con la que confirma así su catarsis total:

Diversas cláusulas fluctuaron en sus labios, como burbujas: una invocación a la Virgen, y la idea, la tenaz idea que no quería soltarle hasta el umbral mismo de la eternidad, que quizá le seguiría más allá, haciéndose también eterna: “No soy nada, no he hecho nada... Vida inútil, *el santo de salón, clérigo simpático*... ¡Oh, qué dolor, simpático, farsa! Nada grande... Amor, no; sacrificio, no; anulación, no... Hebillas, pequeñez, egoísmo... Enseñóme aquél... Aquél, sí...”

De igual manera, y regresando al capítulo que nos ocupa, éste se cierra de forma sintomática con el clérigo sumido en una honda angustia: “o el hígado se me deshace, o la cabeza se me quiere insubordinar, o el corazón se fatiga y me presenta la dimisión”. Y se apuntala mejor en el inicio del siguiente capítulo donde se proclama el total relevo de poderes a favor de la sagaz condesa: “Hízose todo como Catalina de Artal deseaba”. La protagonista ejerce una fuerte seducción a través del poder verbal al que ni el propio Urrea puede substraerse “no quitaba los ojos de su prima, cuyas palabras deletreaba en los labios de ella”. Anticipa así el narrador la incipiente fascinación que nace en el interior del personaje y que culminará en desaforado amor como bien sabemos. Este será bendecido con el sacramento de la unión, atando así todos los cabos deshilachados de la novela y justificando el narrador su idea: el matrimonio como aglutinante social y defensa de poderes invasores, sean estos religiosos, económicos, científicos, etc.

En esta novela Nazarín hasta bien avanzado el texto sólo aparece en un segundo plano y bien filtrado por los comentarios de los personajes. Sabemos más las curiosidades que suscita o lo que se opina de él que sus propias reflexiones. ¿Se ha finalizado tal vez su proceso de mitificación? La pregunta, sin embargo, no nos debe engañar. El contacto con tan polémico personaje, aún siquiera de oídas, siempre acelera los cambios, incita a la acción y al movimiento, suscita polémicas y produce cambios de timón incuestionables en la conducta del resto de personajes que habitan el texto. Nazario es aquí metáfora máxima del movimiento, aunque tramposamente nos sea presentado hierático. Como bien estudió Kronik: “La actividad física y el talante pasivo son cara y cruz del carácter de don Nazario”.³³ Sigue siendo, por tanto, uno de los motores de la novela, silencioso, mitigado si queremos, pero motor al fin y al cabo. No en vano, el capítulo desgajado líneas más arriba arranca con la siguiente frase: “No pudieron detenerse, como deseaban...” y todo a causa de este clérigo tan extraño quien a la postre continuará su eterno viaje sin reposo: “el mismo día de la boda salió de San Agustín el curita manchego [...] y tomando la carretera hasta la barca de Algéte, pasó el Jarama,

siguiendo sin descanso, al paso comedido de la pollina, hasta la nobilísima ciudad de Alcalá de Henares donde pensaba que sería de grande utilidad su presencia...”.³⁴

Larga es ya la estela que proyecta nuestro buen Nazario, una novela entera necesitó, a modo de cobijo, Benito Pérez Galdós para desquitarse de su impar criatura, quién sabe cuanto tardaremos nosotros en saludar a la lontananza su sombra.

NOTAS

- ¹ Carta fechada por Galdós el 1 de abril de 1885 y publicada en *La Prensa* de Buenos Aires el 5 de mayo del mismo año, en William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, 1973, Madrid, Cultura Hispánica, p.146.
- ² Benito Pérez Galdós, *La carta de Galdós*, 26-6-1900, en C. Bravo Villasante, Polémica en torno a Galdós en la prensa de Santander, en *Cuadernos hispanoamericanos*, núms. 250-252, 1970-1971, Madrid, pp. 702-703.
- ³ Pilar Fauss Sevilla, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, 1972, Valencia, pp. 235-237.
- ⁴ Sherman H. Eoff, *The novels of Pérez Galdós. The concept of life as dynamic process*, 1954, Saint Louis, Washington University Studies, p. 98.
- ⁵ Como hemos señalado también para el caso de Nazarín en artículo que no ha visto todavía la luz y centrado en la revisión del desconcertante clérigo. Francisco Estévez, *Discurso y poder en las figuras eclesíásticas de Nazarín*.
- ⁶ Artículo publicado en *Los Lunes de El Imparcial*, 30-12-1895, recogido en Leopoldo Alas Clarín, *Galdós novelista*, 1991, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, p. 260.
- ⁷ Seguimos la tendencia generalizada en la crítica galdosiana de utilizar siempre la edición de *Obras Completas, Novelas*, 1961, vol. V, introducción de Federico Saínz de Robles, Madrid, Aguilar, pp. 1817-1819.
- ⁸ La referencia al movimiento adquiere una trascendencia vital en el decurso de ambos textos. Ver John W. Kronik, "Estructuras dinámicas en Nazarín", en *Anales Galdosianos*, año IX, Texas, Universidad de Texas, 1974, p. 82.
- ⁹ *Halma*, p. 1781, nuestra cursiva señala las principales preocupaciones de Galdós.
- ¹⁰ *Ídem*, p. 1781.
- ¹¹ *Ídem*, p. 1783.
- ¹² *Ídem*, p. 1782, la cursiva es nuestra.
- ¹³ Tomamos el análisis que realiza de la descripción Jorge Urrutia, *La verdad convenida. Literatura y comunicación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 56-57. Para un análisis pormenorizado de la fisiognómica véase Julio Caro Baroja, *La cara espejo del alma. Historia de la fisiognómica*, Valencia, Círculo de lectores, 1993.
- ¹⁴ *Halma*, p. 1783.
- ¹⁵ Otro caso paradigmático es el de Torquemada, Douglass Rogers dirá de él: «hasta domina con la palabra», Douglass Rogers, "Lenguaje y personaje en Galdós", publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* núm. 206, febrero 1967. Trabajamos con un acta reproducción del artículo, p. 27.
- ¹⁶ *Ídem*, p. 1783, la cursiva es nuestra.
- ¹⁷ *Halma*, pp. 1784-1785.
- ¹⁸ *Ídem*, pp. 1784-1785 destacamos en cursiva la cantidad de términos pertenecientes al mismo campo semántico empleados en el discurso.

- ¹⁹ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, 1988, México, Siglo XXI, p. 68.
- ²⁰ *Halma*, p. 1784.
- ²¹ Véase Pilar Fauss Sevilla, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, 1972, Valencia.
- ²² *Halma*, pp. 1785-1786 en este caso la cursiva es de Galdós.
- ²³ Del poder de la narración y las categorías que implica todo discurso nos habla con especial lucidez el profesor Jorge Urrutia, *La verdad convenida. Literatura y comunicación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 99-112, 1997.
- ²⁴ *Halma*, p. 1784.
- ²⁵ *Ídem*, p. 1785.
- ²⁶ Como afirma Jorge Urrutia: «el poder siempre tiende a afirmarse sobre ocultaciones o por medio de controles de la información.» *La verdad convenida. Literatura y comunicación*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 41.
- ²⁷ *Halma*, p. 1784.
- ²⁸ Señala Douglass Rogers como «el lenguaje [...] cobra cierto valor simbólico de la vida misma [...] El personaje galdosiano suele vivir hablando y callarse de veras, sólo al morirse.», de esta forma, la pérdida de la palabra del marqués indica la pérdida del poder sobre su hermana, Douglass Rogers, Lenguaje y personaje en Galdós, publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* núm. 206, febrero 1967. Trabajamos con un acta reproducción del artículo, p. 5.
- ²⁹ *Ídem*, p. 1791. merece la pena continuar la cita un poco más: «¡Cuando digo que la mayoría de los males que afligen a la Humanidad son de un origen eclesiástico!... ¡Ah! Pues si yo cogiera libre a mi prima». Vuelve a confirmar el poder del sacerdote: «aquel intruso y pegadizo don Manuel Flórez, tamiz por donde pasaban todos los pensamientos y actos de Catalina de Halma, le desconcertaba», *Ídem*, p. 1793. No olvidemos que «don Manuel vive en la misma calle, frente por frente al soñador Urrea», *Ídem*, p. 1794. Es decir, son las dos personas sobre las que gira la vida de Halma. Los dos personajes que sufrirán la influencia de Nazarín en mayor grado.
- ³⁰ *Ídem*, p. 1784.
- ³¹ *Ídem*, p. 1831.
- ³² John W. Kronik, “Estructuras dinámicas en Nazarín”, en *Anales Galdosianos*, año IX, 1974, Texas, Universidad de Texas, p. 82.
- ³³ *Halma*, p. 1831.
- ³⁴ *Halma*, p. 1874.